



Ejercicios de sonámbula

Tamara Rutinelli*

Para sobrevivir, el mundo se anestesia. Y cómo conducir por los carriles del lenguaje este pedazo de infinito atravesándote el pecho. Para ajustarse a la existencia, LA LENGUA SERÁ POÉTICA O NO SERÁ.

**

Papá miraba porno en la cocina a las 4 de la mañana. Mamá lloraba en el baño, se masturbaba torpemente, entre lágrimas de cebolla y ardores de jabón. Yo enhebraba las estrellas con mi cuerno de unicornio no nato apretando como el pulpo desesperado de amor la cabeza rasurada de una muñeca. Había que hacer algo con el silencio, distinto de ponerlo bajo la almohada. Porque no era el silencio el diente caído, o sí, lo mismo que el ratón que hurgaba entre mis piernas desbaratando el tesoro de las monedas. Sin piratas, no había piratas en el cuento, ni máquinas expendedoras fuera de la película de preparatorias que nos inmovilizaba la tarde, entre leches oscuras y cabelleras rubias. Éramos de barro mis hermanas y yo, cociendo el barrio en risotadas, cuajando la simpatía de los floreros rotos, del agua esparcida de los charcos, de las flores disecadas del campo de la patria en el centro de mi pecho. Había habido la guerra, y también las gallinas y la vaca colgada de un cable, famélica en el comedor. La tía había prometido volver y era lo mismo que arena en el fondo del agua, que un vaso roto escondido en el cajón. ¿Cuántos años le lleva al alma concebir lo muerto? Que nadie puede salvar a nadie, que basta sin embargo un gesto de manos tendidas para iluminar los pozos, aunque nada retorne, aunque no venga transformación alquímica alguna a trocar la mierda en pájaros volando del nido. La poesía ajustó las carnes, es eso, electroshockeó el corazón de la bestia, dio luz a la criatura como sólo un dios puede soplar sobre la boca de un cristo para elevar el pulso y la palabra. Frankenstein de relicario, pequeño Frankenstein que caminás entre nosotrxs. La vida era simple y no. Toda la noche, todas las noches pensando sin poder en el ardiente filo de la navaja,

* Tamara Rutinelli nació en Punta Alta en 1982 y vive en la ciudad de La Plata desde 2001. Estudió Letras en la UNLP. Se desempeñó como docente en la Facultad de Bellas Artes. Actualmente trabaja como bibliotecaria. Desde temprana edad se formó en talleres de artes plásticas, fotografía, actuación y música. Coordinó ciclos de cine y espacios sobre literatura y teoría feminista. Participó de antologías literarias y en lecturas poéticas de la ciudad de La Plata.

lpols@yahoo.com.ar

tu hocico asomándose a través de la grieta, gruñendo a través de mi garganta como si fuese un tambor en una esquina. Soñar es recordar. La vida era simple y no. Yo miraba mis manos, tus manos, como si fuera a crecer de ellas la enredadera infinita, la cabellera en trenza de salida, el boquete fantástico en la prisión. Una perspectiva perversa mientras mamaba del picaporte de la casa, mientras me oía como un perro aullando por comida. Éramos de barro mis hermanas y yo. Cuando usábamos las máscaras y el carnaval se hacía frondoso entre las piernas enredadas de mujeres, del otro lado de la calle. Cuando temíamos a Dios que estaba en todas partes, que todo lo oía, lo mismo que a las bolsas, que a la rosa espinada de los generales. Y éramos el unicornio y su cuerno sangrado, agrietando la pared del colchón, de la habitación de un hospital oxidado, el de las malas ideas. Y éramos los gritos embozados, la plaga de las frases anónimas abriendo la maleza. Hay quienes nacemos sensibles, le dije. Un poco más, sólo un poco más, y la red se convierte en hueco, en vientre. Estoy recordando otras vidas, todas las vidas, le dije. Yo no quería salir, y no era yo. No soy yo. Clavábamos nuestros ojos a los ojos en espiral de una pantalla, enhebrando a risotadas la angustia de las leches, de los guardapolvos perfectos, de las manos enjuagadas, mis hermanas y yo. Y el llanto de rata atorada en el caño. Cuando es de día y ya es tarde. Como cuando es de día y se hizo la tarde, o la noche y no vale la pena despertar. Como que es tarde. ¿Siempre es tarde? No. Había que esconderse. Yo venía del cuento, de la historia de los cándidos brazos, de la cucheta plácida en la que chirriaban las muñecas. Yo abrazaba mi almohada, los brazos de araña de mi almohada feliz, de sus buenas retorcidas intenciones, de sus laberintos trazados en la noche con el cetro de los reyes, con el toro esperando, esperando a ser descuartizado por el oro de mi lengua. Porque la poesía, sí, la poesía, llegando siempre, la palabra, para golpear a las puertas del pecho, para devolverme al corazón, la palabra, sí, para encenderme el corazón como una antorcha alucinada, para sembrarme en la piel las amapolas, las siempre vivas, los esteros fantásticos del mundo. Dejá que me mire, dejá que me mire, una vez, en vos, que someta mis ojos al cristal refractado de los tuyos. Poesía. El arco de tu boca refulgiendo como una hoguera. Juana de Arco ardía en la pira de tu boca. Yo la veía arder mientras maduraba en el espejo, cepillando mis ralos pelos, una y otra vez, una y otra vez. Mamá revolvía la olla, papá se paseaba por el comedor. Éramos lobas, eso, éramos lobas. Estábamos tan cansadas. Corríamos con mis hermanas, corríamos, cuando aparecía el sol. Éramos de barro mis hermanas y yo. ¿Salvar a quién? Basta una mano tendida en el hueco para que al abismo le broten alas, aunque el abismo siga siendo abismo y los ángeles se eleven sobre el suelo lo mismo que los pavos. En cualquier caso, gritabas esto: el amor nos absuelve. Más allá, más acá, gritabas: el amor nos absuelve. Es nada, estoy recordando, estoy soñando. Vos, yo, el agujero de tus madrigueras celestes, la amenaza de tus dientes en los rincones, el universo estallando y resurgiendo debajo de mi cama, mientras afuera una procesión de cerdos flameaba como banderas. Poesía, digo, verdad.

**

En el cuarto oscuro de la mente, ahí donde la mañana nunca toca, emulando a los muertos pero no. En cada cuerpo anida un loquero, se alimenta una prisión, se levanta en medio del bosque una fortaleza. En sus muros el aliento insurrecto escribe, golpea con los puños acompasando el corazón. ¿Qué será del mundo cuando sus rayos atraviesen las pupilas y lo que se escribe adentro nos queme por fuera? Las iluminaciones alquímicas. Ser el humo en las ciudades, prenderlas fuego.

**

¿Quién te reconoce en la cueva de las cosas olvidadas? No entres ahí. Lo que sea que hagas, no grabes tu voz en los muros; lanzala hacia arriba porque todo lo que sube quiere bajar.

Y no críes cuervos que no coman tus ojos, ni roces con cintura leve los abismos; caé como una piedra y mandate a volar.

Y solté el cuchillo para que eche raíces, no suspendas el ciclo natural de todas las cosas. Lo que no soltás, te es arrancado.

**

Hermana, no sos mi enemiga. Mi suerte también es la tuya. Perdemos los dedos, la cordura, la cintura y los zapatos en los engranajes de idénticas calderas, nosotras, las proletarias del amor.

Hermana, no sos mi enemiga. Mi suerte también es la tuya. Perdemos la decencia, la paciencia y los calzones en idénticas cacerías, nosotras, las domésticas del parque jurásico.

Están las generaciones del hambre, las de la guerra, las de la santa inquisición. A nosotras nos toca ésto. Porque estamos viviendo en el pasado, y ya sabés, cada generación deberá enterrar sus muertxs. Es necesario liquidar al monigote que nos apuñala cada noche tras las cortinas del sueño aún a costa de que perdamos la inocencia, la indolencia y las pulseras.

El amo es un verbo, querida. Y ya sabés cómo funciona, el gusano corroe la carne por dentro.

**

Entre la fascinación y el horror anda mi boca cereza pasa. Sello de labial o carne, mi vida se escurre sobre el vidrio lamiendo con su savia la superficie de lxs libres. Soy la portera, la enfermera, el esqueleto estimulante tras la vidriera, el revés de mi hermano Caronte, y estoy harta. Me estrujo entre mis brazos como a una muñeca de trapo para extraer de mí el jugo de las últimas lágrimas. Apago la hoguera en mi cabeza y aliso el fango encabritado de cenizas. Respiro madurada igual que el cervatillo prevenido de la bala. No voy a caer de mí ni por todo el humo ignominioso del mundo.

**

I

El agua se retira de la costa. Los ríos no se secan. Alguien lanza botellitas al aire para que el viento las haga trizas y libere los mensajes. La luz del faro le hace guiños a la luna. Nadie espera la llegada del sol. Los puertos están deshabitados.

II

Suelto tu abrazo que es niño e ingenuo. Hago reverencias al muro que delinea mi cuerpo en el espacio, pone una coma al tiempo para que todo respire. No es cierto que lo que se va no vuelve. El ojo es rudimentario. Es hora de dormir, me digo, escurriéndome hacia el fondo constelado. Goteo hacia arriba.

III

El juicio se declara endeble. Un pájaro solitario canta en la noche. Podría ser un fantasma, podría ser yo misma en el espejo. Hay flores que se abren cuando nadie las mira, frutos que caen para alimentar el suelo. A veces hasta las manos se desorientan.

IV

Crepita el aire mojado sobre la mesa del patio. Un paisaje familiar y bucólico que la tormenta borra. ¿Es la memoria un pizarrón o una piedra cincelada? Los perros corren persiguiéndose las colas. El viento aureola sus cabezas. ¿Se cree en lo que se puede o en lo que se quiere?

V

Aljibe en tierra lejana. ¿Quién bebe de mi boca? El zorro se pasea indiferente, deteniéndose a lamer su sombra. Las ciudades sonámbulas descargan su miedo de sirenas al aire. Un tintinear de vasos en la cocina. El porvenir tiene hambre.

**

¿Y qué del amor, anunciando un desmembramiento tierno? ¿Y qué de su hocico de perra caliente sobornando mis huesos? ¿No hay lugar para el amor? ¿No hay siquiera un hueco donde sobrevivirlo?

**

Estoy pensando en cosas. Todavía más: estoy siendo las cosas, dotándolas de un corazón, destrabándolas del nombre.

Aprendí de mis ojos que los bordes no existen, que la forma es infinita, que una pared no señala finales y que las puertas no clausuran nada, que siendo simple la verdad está concatenada.

No hay costuras capaces de cerrar la mirada para siempre. Todo engaño es pobre y vivir es diseminar raíces en el aire.

Vivo en mi cuerpo que es mi casa, y cuando se hace el fuego exudo palabras. Escribo con la piel.

**

Todxs cedimos a la tentación. Del agua, del goteo crecido de las frases inconexas, del aleteo informe de gorriones recién salidos del nido. Y benditos sean los abismos, los quebrados juicios, el principio de todo. La madre es esta mesa, la marea granate de los vinos, el potro aturdido de corazones, nuestros ojos vibrantes, despertadores, en el interior de una lata. ¿Por qué nos esconderíamos? ¿De qué?

**

No había agua en los pozos, la noche del último día. Yo era el pez fuera del río orando en el código morse de las bocanadas. El sapo acudía a mi plegaria, Buda secreto del monte, alteraba mi agonía bajo el influjo de su gorguera latiente. Inmóvil, en su pupila mi pupila. Más allá las polillas trenzadas en el vuelo, la muerte ascendiendo en espiral desde mi ombligo, liberando mi alma. Las hojas de los plátanos temblaban de miedo sobre nosotrxs, la luna hacía su entrada triunfal fraguando un paisaje de plata. En el teatro de la noche comencé a beber su leche, gota a gota. Así fue como volví del mundo.

**

Qué es toda esta escritura regada por las pieles, fregando el aire de las bocas presas, cantando plegarias en el ocaso de los cuerpos. Qué dice que nadie comprende la rugosidad ancestral de su lengua y la cubre con falsas sonrisas, movimiento desquiciado de los dedos, fotos prestadas. No pasa de mano en mano y está en todas partes, aullando sin legislación la factura de sus piernas de gigante, su cuero animal minado de estrellas. Yo sigo la línea que traza como Hansel y Gretel las migas de pan en el bosque. Mi hilo de Ariadna está hecho de sudor y no de lágrimas.

**

Una pianola pobre. Repito la melodía desafinada mientras el fantasma de mi voz se entretiene jugando al gato y al ratón con mi hambre. Donde nació, un boquete en el suelo. ¿Fui carne de cañón, o la mano que encendió la mecha?

**

Es de noche. Siempre es de noche cuando sabés, cuando ves como los gatos en la oscuridad. Sola jugando con tu sombra sola, erizándote en la piel, brotándote una espina en las entrañas, el fruto succulento de tu carne secreta. Que los gatos son reptiles disfrazados, plantas extraordinarias en lo profundo de la selva que es también un mar, que es también un corazón, una casa de fuego. A veces basta una palabra, un gesto errante asestado en tu cara, para que la tierra se trague uno a uno todos los puentes.

**

1 DE NOVIEMBRE

¡Muerte que te vas, dame la mano!...

El tiempo está poniendo dinamita en mi pecho, este colador hecho a balazos. Mi cabeza es una piñata esperando ser partida, incinerada como el viejo momo para felicidad de lxs presentes. Pero saco un brazo de mí, de mi propio ombligo, blando el cordón con filo, el pucho caliente que no abandona mi boca, y me lo inserto en medio de la frente como una insignia santa para llamar a las cosas por su nombre.

Tengo una vieja llorona aullando en la boca del estómago, atrapada en el lodo de mis jugos gástricos. Ella o yo somos la perra de un Pavlov vuelto del otro lado. Todas sabemos en qué termina el cuento: mis tetas no dan leche.

Hago sonar las cuerdas de mis tripas para que cante ese viejo violín de la memoria, ahí cuando vos angelote falso estabas regodeándote con mi saliva, haciendo de mi cráneo tu guarida. Quisiera acompañarte con un son tierno y borracho, pero mis sonidos son roncós y canto sonámbula. Estoy en trance. No sé qué es dormir, sino encenderme la cabeza a sueños. Levanto la bandera del deseo al precio de mis huesos. Soy el sonajero que llama a dormir.

¡Eaaaaaaaaa!

Tengo confeti de corazones con puñales y calaveras ateridas del miedo para tirar por el aire, colgar de guirnaldas como cotillón. ¡Es la fiesta de lxs muertxs! ¡Bienvenidas, compañeras!, levanten vasos y botellas que mientras en una fonda de callejón oscuro se duermen las penas sobre un mostrador, acá se besa a la boca a los gusanos y se baila martillando el suelo hasta transformar las caras desecadas en máscaras de carnaval.

Digo Poesía, y te llamo madre, te invito a bailar conmigo la despedida.

Estos cuerpos no son materia descartable, ningún cuerpo. Te fuiste dejando un reguero de mierda para que comiese solita del plato. Mala mía fantasmagorear, yo que debiera hacer un clavado magnífico al caos, festejar su disonancia de batalla, su compás insurrecto. Salto y rompo la red, sin partirme una uña. Vida, yo te bendigo.

Brindo por Frida, por su cuerpo quebrado, por su graznido de cuerva en la tela. El dolor puede romper la pared, pero cuidado... hay que ser valientes para penar como un arma cargada de presente. Y sino cortarse los pelos, disfrazarse del color hasta el cansancio, romperse las venas en los gritos, besarse los ojos en la comunión. Nahui, Dolores, Remedios, hermanas, brindo por ustedes, por la ronda de mujeres que teje el tapiz y hace girar la rueda.

Esta barca del olvido lleva tu nombre, y hago una corrida por lo que no serás, por lo que fuiste, por los santitos que celebrarán conmigo cuando se agote tu llanto. Porque me lamento como un espíritu en el limbo arrastrando la cola de novia de los deseos rotos. Yo sé que asusto a lxs niñxs y a los no tan niñxs, pero quien entienda que es un juego, gana la partida.

Tomé la hostia de la muerte y me sobreviví, ¿cuántas veces? Saqué del barro tu espinazo para ofrecérselo al cielo. Las cosas por su nombre, puñadito de nada, alma muerta en los salones.

Los finados son todos iguales. Hay que aceptarlos a la mesa, pero mirarlos de soslayo, guardar la distancia para que no se derrumben sobre tu mantel y después haya que juntar además de los platos, las cabezas.

Santa Catrina ya corroe tu carne y tu sombra se parece cada vez menos a la desesperación. Los fantasmas al placard, y después al vertedero.

Me voy a fugar de vos como un cohete al cielo, y cuando escriba tu nombre va a ser una corona funeraria entre las nubes, un cajón obeso de ceniza. Y no volverás de la ceniza porque mi aliento no te dejará volver, te calcinará los huesos, una y otra vez. Espectro terciado del amor, argamasa de sexos viejos, yo te conjuro. Y a la señora de la capa negra, la divertida en el rincón de la Historia, a su tierna mueca invisible, yo le hago un exvoto, por haberte tragado.

Cuando sientan tus manos el agujero que le hicieron a las mías, que tiemble la tierra. Celebro en una última balada tu entierro, la delicadeza que te abraza para siempre con lo negro. Yo aúllo y no es a vos, sino a mi nombre. Tengo la edad del sol. Te cuento, por última vez: la muerte no vuelve de la muerte y entre lxs vivxs, se vive mejor.

**

Temé de este amor, de su hambre sin fin. Porque yo no soy del mundo.

El intersticio de secreto entre una boca y otra. Los animales lúcidos de la creación. Esta ciencia recupera su cordura.

Poesía, cosmogonía alterada, repartí tu alma.